

# LLAMAMIENTO POR LA UNIDAD POPULAR



Las elecciones municipales de 2015 supusieron un hito en la historia política de España. Las candidaturas de confluencia integradas por diversas organizaciones y ciudadanía sin adscripción partidaria conquistaron los gobiernos de las principales ciudades del país. Es un logro que debemos poner en valor, aun reconociendo sus limitaciones e insuficiencias. Ganamos a los representantes políticos de las oligarquías económicas que hacen de la corrupción su forma de gobierno. Por su poder simbólico, pero también por lo que hemos podido poner en marcha para miles de personas, Madrid, Barcelona, Zaragoza o Ferrol entre otras, representan el ciclo político que inauguraron las movilizaciones sociales iniciadas en 2010.

Nuestra apuesta decidida por la confluencia recorrió un camino difícil hasta culminar en las elecciones generales del 26J. Hasta el momento, el desarrollo y los resultados han sido desiguales dependiendo del nivel institucional y, dentro del ámbito municipal, de las particularidades propias de cada realidad política. Afrontamos el nuevo ciclo electoral desde el optimismo y la ambición política que nos ofrece también el aprendizaje de lo vivido. Sabemos que tenemos la oportunidad de conquistar nuevos espacios así como de ampliar lo conseguido, especialmente a nivel municipal y autonómico. No será fácil, pero sabemos de la importancia que ello entraña para el día a día de la gente y el impulso que ser conscientes de esto finalmente imprime.

No entendemos la confluencia como una mera alianza electoral, sino que la enmarcamos en un proyecto estratégico más profundo de construcción de unidad popular. Esta se construye desde abajo, en el conflicto, en los barrios, en los pueblos, en los centros de estudio y de trabajo. No es una mera coalición electoral, insistimos, es una alianza de distintos grupos y sectores sociales que se unen superando sus reivindicaciones propias, construyendo un proyecto común. Uno de los factores del éxito de las confluencias municipales de 2015 consistió en que se superó la suma de organizaciones políticas logrando conectar con esa mayoría social compleja, plural y fragmentada que viene sufriendo la crisis económica y el constante deterioro de nuestro frágil estado del bienestar.

Un nuevo impulso de participación ciudadana resulta fundamental para evitar una salida por arriba de la amplia crisis de régimen en marcha, agravada ahora por la cuestión territorial. Esta salida de carácter restaurador y autoritario nos hurtaría la posibilidad de decidir qué sociedad y qué país queremos. El avance institucional es pues imprescindible ante la tentativa reaccionaria de las oligarquías y sus peones, con el Rey al frente, pero debe ir acompañado de la construcción de un contrapoder ciudadano, del aterrizaje de esa democracia real, política y económica, que tanto reclamamos en las huelgas y las plazas. Las confluencias deben ser instrumentos que faciliten la construcción del «bloque histórico» de cambio que anhelamos, y para ello hemos de adecuar nuestros valores y prácticas políticas a ello. A cada paso. Hemos de abrirnos de manera urgente a la ciudadanía más comprometida, al activismo, a los colectivos en lucha, a tantas asociaciones de base que cada día se esfuerzan en mejorar nuestro país, para desde ahí entrar en una nueva fase de conquistas sociales.

Porque no tenemos tiempo. Las clases populares, los trabajadores y trabajadoras, los niños y niñas, las familias monoparentales, los y las estudiantes, los y las extranjeras no comunitarias, no solo somos quienes hemos pagado duramente la crisis, sino que ahora vemos que la economía mejora solo para unos pocos. Para los de siempre. Un nuevo modelo aun más desigual y excluyente se está cerrando tras la crisis. Cerca de 13 millones de personas están en riesgo de pobreza y exclusión social en nuestro país. La precariedad laboral provoca que en la actualidad un 30% de quienes estén en situación de pobreza trabajen. El número de hogares con pobreza severa se ha duplicado desde el comienzo de la crisis y el número de

personas en situación de desempleo sigue en cifras altísimas, casi 3,5 millones de personas. Mientras, los grandes patrimonios han crecido un 50% desde 2008.

La crisis ha dejado así una España más pobre, con menos derechos, con un medio ambiente cada vez más castigado y un mundo rural abandonado, mientras unos pocos se han beneficiado del "sacrificio" de la mayoría. Siguen embargando nuestro futuro robando directamente, entre corruptelas, amnistías fiscales y rescates bancarios, bajándonos los salarios o destruyendo nuestros servicios públicos.

Vamos a parales y a revertir esta situación. Vamos a exigirles que devuelvan lo robado. Vamos a construir un país con trabajo y con derechos, un país que sepa respetar sus bosques y sus ríos, sus pueblos y ciudades. Hay tarea, pues hay que construir un país donde trabajar con un buen salario no sea un privilegio, donde nacer mujer no resulte tenerlo mucho más difícil, donde las pensiones, la luz, el calor, la alimentación, la vivienda o el agua estén garantizados, donde el acceso a derechos como la sanidad y la educación desde la gestión 100% pública sea una realidad. No es quimérico ni utópico. Tenemos riqueza y tejido social más que suficientes para lograrlo.

Queremos gobernar las instituciones para crear empleo de calidad, inversiones públicas que tiren de la economía hacia un modelo de desarrollo sostenible y productivo. Tenemos la obligación de desarrollar políticas feministas concretas que dejen atrás tanta ignominia. Queremos fortalecer los servicios públicos y, sobre todo, luchar contra la desigualdad económica en la que nos han sumido. Queremos acabar con la precariedad que llena de ansiedad nuestras vidas.

Allá donde hemos gobernado somos ejemplo. Sabemos cómo traer ese nuevo país.

El proyecto reaccionario que encabezan el PP y Ciudadanos apuesta en cambio por un Estado más centralista y autoritario, más desigual, en el que tanto las Comunidades Autónomas como los Ayuntamientos jueguen un papel cada vez más irrelevante. Ante ello respondemos que la democracia comienza en lo cercano. Es así que la conquista de estas instituciones permitirá no sólo resistir el envite antidemocrático, sino articular los mecanismos que faciliten la construcción de una sociedad civil organizada. Esto será en cualquier caso necesario, pero no suficiente.

Asumimos así los retos que deben afrontar las confluencias para edificar espacios de socialización, para construir comunidad y modos de vida alternativos a los impuestos por el neoliberalismo. Sabemos que la crisis también ha sido ética, de ahí la necesidad de levantar un proyecto consecuente y ejemplar. Admitimos que el bloque histórico que ha de transformar el país está por construir y que sólo haciendo una interpretación más profunda y real de la unidad popular, más democrática y plural, iremos en la buena dirección.

Proponemos, por tanto, una confluencia que permita recuperar la iniciativa política y conquistar posiciones a la hora de alterar la hoja de ruta trazada por las oligarquías económicas y sus representantes políticos. En el actual contexto de reflujo político y social, una confluencia que sepa organizarse de manera acorde a los retos que tenemos por delante es la mejor herramienta de la que pueden dotarse la clase trabajadora y los sectores populares que sufren una crisis que no han provocado.

Izquierda Unida, una vez más, se pone al servicio de la mayoría social en la lucha por los derechos sociales y la democracia en su sentido más profundo. Para ello asumimos la necesidad de cooperación entre las fuerzas que nos situamos frente al bloque monárquico y reaccionario, insistiendo en la necesidad de enmarcar la confluencia dentro de una estrategia más amplia, de encuentros desde abajo hacia una nueva Constitución, en un proyecto ético, democrático y socialista de transformación efectiva de nuestra sociedad. Hacia un nuevo país.